nes, consagróse al ayuno y la penitencia, derramando lágrimas y exclamando continuamente: "De afliccion y miseria he cargado mi alma." La leyenda conserva un cántico compuesto por Topíltzin, y que tratan de imitar estos versos:

"Mi madre, mi digna madre,
Al verme en la embriaguez,
Con triste acento decia:
"Este mi hijo no es;
Ni al ministro de los dioses
Reconocer puedo en él."
¡Oh principe infortunado!
¡Corred, lágrimas, corred!"

Los sectarios de Quetzalcohuatl, que presenciaban el arrepentimiento de Topíltzin, se llenaron de júbilo, creyendo todavía posible la salvacion del Estado; y la misma leyenda conserva este canto con que procuraban disipar la tristeza del monarca:

"Ha vuelto la deidad entre nosotros
Tal como la adoramos otros dias:
Tras el enojo de su larga ausencia
Llenan, á su presencia,
El corazon piadosas alegrías.
De esmeraldas sembrad el trono santo,
Y el afligido rey enjugue el llanto!"

En ambos cánticos aparece el doble carácter de rey y sumo sacerdote ó representante de Quetzalcohuatl que asumian los soberanos de Tula. Agrega la leyenda que la pendiente del mal es fácil y agradable, así como áspera y enojosa la vuelta al bien; que esta no habria podido efectuarse sino con mucha lentitud en la envilecida condicion en que se hallaban los toltecas; por último, que las reformas á que Topíltzin trató de reducirlos, solamente lograron á escitar contra él las pasiones populares, haciendo germinar la semilla de las nuevas plagas que iban á cundir por el Estado.

XIX.

Nuevas calamidades en Tula.—Otras alegorías de la peste.—Rebelion de los colegas de Topíltzin.—Humíllase ante ellos el rey.—Venida del ejército rebelde y ajuste de una tregua.

El fallo de la ruina de Tula estaba ya pronunciado por el cielo, y el tardío arrepentimiento de Topíltzin no alcanzó á variarlo, como tampoco sus nuevas leyes lograron la reforma de las costumbres toltecas. A poco de la aparicion de los presagios mencionados en nuestro capítulo anterior, grandes calamidades, mayores acaso que las del reinado de Tecpancáltzin, se hicieron sentir en Tula. Inundaciones, sequía, heladas, hambre, peste y guerra se sucedieron casi sin intermision hasta la caida y extinsion de la monarquía mas importante de estas regiones en los tiempos anteriores á los aztecas.

Desencadenáronse, por principio de cuentas, recios huracanes que echaron al suelo las

casas de los pobres. Tras esa plaga, desatóse la lluvia y cayó por espacio de cien dias con sus noches, inundando los llanos y obligando á los habitantes de la comarca á buscar asilo en las cumbres, desde donde veian flotar sus casas, muebles y animales. Perdiéronse las siembras, y aunque se renovaron no bien oreados los terrenos, faltó ya del todo la lluvia, reinaron calores horribles, agotáronse rios y fuentes, helaba noche con noche, secáronse las plantas, perecieron los brutos y comenzaron á dejarse sentir los funestos efectos del hambre. Turbas de vasallos acudian diariamente al palacio en solicitud de alimento, y la miseria general dió creces al robo y á los asesinatos, como algunos años antes sucedió. En el tránsito de las lluvias á la sequía, hubo plaga de sapos que se metian á las casas, molestando á sus moradores, y nubes de langosta que descendian sobre los campos y consumian las sementeras, sin dejar otra cosa que los esqueletos de los árboles.

A todo esto siguió la peste, que la leyenda nos pinta con el vivísimo colorido que solo la imaginacion de nuestros indígenas es capaz de aplicar. Dice que en la cima de un cerro inmediato á la capital, hallaron un niño de tan corta edad que aun no hablaba; era blanco, rubio y de tan bello aspecto, que como cosa singular lo llevaron á presencia del rey, teniéndolo por presagio feliz del término de sus calamidades. Topiltzin al verlo, sin darse razon de la repugnancia que experimentó,

hubo de formar opinion contraria, y mandó que inmediatamente lo volviesen al lugar de donde lo recogieron; lo cual no pudo tener efecto porque en el mismo instante empezó á podrirse al niño la cabeza, y á exhalar tal fetidez que cayeron muertas muchas de las personas presentes. Murió tambien el niño; otros de los circunstantes quedaron enfermos, y el contagio se propagó con rapidez, haciendo fatal estrago en la corte y demas poblaciones del reino.

Otra leyenda pinta de este modo la aparicion de la peste: Para tratar de poner fin á los horrores del hambre, se reunieron en Teotihuacan, la antigua ciudad de los dioses, multitud de príncipes, sacerdotes y sábios que iban á apaciguar la cólera celeste por medio de sacrificios expiatorios; asistieron tambien muchos plebeyos de los tres reinos de Tula, Colhuacan y Otompan, sin otra mira que presenciar las ceremonias religiosas y las deliberaciones de la asamblea. El primer dia consagróse en el templo á la oracion, y esa noche se reunió la concurrencia en el gran patio rodeado de pórticos y que servia de vestíbulo á la pirámide del sol; en el centro de dicho patio se alzaba el altar con repuestos de leña destinados á consumir las víctimas ofrecidas á Xiuhteuctli, dios del fuego. Alzábanse ya las llamas á considerable altura devorando á los cautivos cuyos gemidos se confundian con el crujido de la leña, los cánticos de los sacrificadores y el rumor de la

danza que los nobles ejecutaban al rededor de la hoguera: á la luz de ésta, las prolongadas sombras de los danzantes se proyectaban en los edificios del contorno, cuando una forma mucho mas colosal y horrible que las demas, apareció repentinamente en el centro de la fiesta. Era un espectro de rostro deforme y brazos largos y huesosos; nadie osó dirigirle la palabra, y él comenzó á danzar con los nobles siguiendo la vuelta y las figuras del baile al son monótono del teponaxtli; pero, á medida que avanzaba, cojia en sus brazos al tolteca mas inmediato y lo dejaba caer muerto á sus piés. Toda la noche duró así el baile infernal, sin que álguien hallase en su terror la fuerza de voluntad necesaria para separarse y huir; no terminando aquella fiesta sino cuando el espectro desapareció á las primeras luces del alba. Agrega la leyenda que volvió á la noche siguiente con aspecto aun mas horrible; que ahogó entre sus descarnados dedos á otros muchos toltecas; que no se le vió tercera vez, pero que, al cabo de pocos dias, hallóse en la roca de Hueytepec, á inmediaciones de Teotihuacan, un niño de extraordinaria blancura y formas muy bellas, sentado en una piedra y contemplando desde allí la ciudad; que al aproximársele advirtieron que tenia la cabeza podrida y exhalaba un mal olor tan nocivo que cayeron muertos muchos de los circunstantes; que quisieron echarlo en el lago cercano, pero que no les fué posible moverlo. Evidentemente este caso es el mismo que referimos con anterioridad al del espectro de Teotihuacan, y si lo citamos aquí es para repetir estas palabras de la leyenda: "En medio de los esfuerzos que hacian para mover al niño, mostróse súbitamente el génio del imperio, anunciándoles ser voluntad del cielo que abandonasen para siempre la patria que los vió nacer; que el destino en el Anáhuac solamente les reservaba la ruina, la muerte y calamidades de toda especie, de que no podrian librarse sino huyendo. Terminó conjurándolos á que lo siguiesen y se dejasen guiar por él, ofreciendo llevarlos con toda seguridad á lugares donde hallarian el reposo y la paz. Dejó con tal discurso á los toltecas en la mayor afliccion; la asamblea de Teotihuacan se disolvió sin haber acordado resolucion alguna; pero las plagas sin cuento que siguieron derramándose por toda la monarquía, los convencieron de que no habia para ellos otro camino de salvacion que seguir los consejos de su divinidad."

Por estos dias tuvo principio la guerra que diez años despues derrocó el trono y acabó con el Estado tolteca. Los historiadores no están enteramente de acuerdo entre sí acerca de las causas de esta mas terrible y final calamidad. Segun algunos, los teochichimecas habian seguido emigrando del antiguo imperio de Huehuetlapallan hácia el Sur, y estableciendo mas ó menos considerables poblaciones, de donde se desbordaban sucesivamente con direccion al Anáhuac. El

ruido de sus pasos, para usar de la poética expresion de la leyenda, se oía ya en Tula desde la proclamacion de Topiltzin, y algunos años despues aquellos bárbaros, abriéndose paso á fuego y sangre, tomaron y arruinaron las ciudades de Colhuacan y Otompan, trayendo su ejército hasta las inmediaciones de la corte tolteca; de donde, ajustada una larga tregua con el monarca, se volvieron hasta Xalisco, para venir de nuevo mas tarde con dobles fuerzas y consumar la ruina y desaparicion de tan famoso Estado. Segun otros historiadores, movieron esta guerra los colegas de Topiltzin en el gobierno, insurreccionando sus respectivas provincias y siendo muy probable que se les aliasen en su empresa los chichimecas recien venidos del Norte. Hay todavía otra version, y es la de que los tres régulos del Sur que, segun Veytia, se negaron á reconocer á Topiltzin á su advenimiento al trono, fueron los promovedores de tal insurreccion.

Siguiendo la segunda de estas versiones, Topiltzin llevaba mucho tiempo de no hacer caso alguno de Quauhtli y Maxtlatzin, colegas suyos en el mando, en virtud de lo convenido por Tecpancáltzin con el partido que se oponia á la coronacion de aquel príncipe. Viéndose despreciados estos señores, y advirtiendo que la indignacion pública estaba á punto de estallar contra el rey, á cuya mala conducta eran atribuidos los males del reino, saliéronse de Tula so pretesto de huir de la

peste; se dirijieron á Xalisco y se declararon en abierta rebelion, juntando bajo sus estandartes crecido número de descontentos. Conociendo Topiltzin su propia debilidad, juzgó prudente hacerlos deponer las armas por medio de halagos y dispuso riquísimos obsequios de joyas, plumas, telas y un juego de pelota cuya mesa y paredes eran de oro macizo, sirviendo de bola una enorme esmeralda. Tan peregrino producto del arte tolteca fué llevado á Xalisco por medio de máquinas que muchos centenares de hombres hacian mover. Los embajadores, al llegar al punto donde se hallaban reunidos los gefes rebeldes, les presentaron el regalo, diciéndoles de parte de Topiltzin que se lo dividiesen entre sí, y advirtiesen que en Tula no habia otra cosa que miseria y lágrimas á consecuencia de las últimas calamidades sobrevenidas; por lo que les suplicaba el rey que calmasen su indignacion y aplazasen sus pretensiones á la corona para cuando él cumpliese en el trono el término prescrito por las leyes. Los rebeldes tomaron el regalo y contestaron el mensaje en términos ambiguos, con lo cual se retiraron los embajadores desalentados á dar cuenta de su comision.

Tras ellos vino á poco sobre Tula el formidable ejército de los coligados, y aunque Topiltzin los recibió de paz, se la negaron, escitándolo á que aprestara su gente para que en una batalla se decidiese la suerte de ambos partidos. Viéndose oprimido el monar-

ca, solicitó y obtuvo una tregua de 10 años, "por ser entónces una ley inviolable—dice la leyenda—no atacar de improviso, sino avisar al enemigo y darle el plazo necesario para disponer y aparejar sus tropas al combate." No vemos, sin embargo, que en las guerras anteriormente habidas se observase tal costumbre. Una vez ajustada la tregua, los rebeldes tuvieron que retirarse á toda prisa, por no hallar en aquellas regiones, á consecuencia de las secas y heladas, semillas ni alimento alguno de los de primera necesidad.

XX.

Secta de los Ixcuinamés.—Aprestos militares en Tula.—Sangrientas batallas.—Muerte de Tecpancáltzin y de Xóchitl.—Leyenda acerca del suicidio del primero.—Suerte posterior de Topiltzin.—Ocupacion de Tula por los teochichimecas.—Fiesta de Xipé-Totec.—Fin de la monarquía tolteca.

La licencia y la prostitucion no habian amainado en Tula á pesar de las severísimas leyes promulgadas por el rey, y en los dias anteriores á la aproximacion del ejército rebelde, causaba escándalo la secta de los Ixcuinamés, originaria de Cuextlan, y que se estableció en la corte. Componíase en su mayor parte de mujeres que adoraban signos indecentes, hacian sacrificios humanos y se entregaban á la embriaguez y á desenfrenos de todo linage, llevando máscara á fin de obrar con mas libertad. Dicha secta acabó

de generalizar la corrupcion de las costumbres, que habia llegado á su colmo al presentarse á las puertas de Tula los enemigos de Topiltzin.

Este monarca, aprovechando el tiempo de la tregua, hizo que una parte de sus vasallos se dedicara á la agricultura, separando la mitad de las cosechas para abastecer al ejército, formado al mismo tiempo con todos los hombres capaces de combatir, y hasta con multitud de mugeres entusiastas á cuyo frente se puso la célebre Xóchitl, madre de Topiltzin. Procedióse tambien á la fabricacion de macanas, flechas, picas, mazas y escudos; de manera que al espirar el plazo de diez años, Tula pudo hacer mover tropas brillantes al encuentro de sus contrarios, repartiéndose el mando de las operaciones militares Topiltzin que permaneció con algunos cuerpos á inmediaciones de la corte, y el anciano Tecpancáltzin y otro gefe llamado Huehuenutcatl que avanzaron con el grueso de la gente armada hasta Toltitlan. Las relaciones que atribuyen esta guerra á la rebelion de los tres régulos del Sur aliados con los teochichimecas, aseguran que Quauhtli y Maxtlatzin, antiguos colegas de Topiltzin en el trono, le fueron fieles hasta el último instante y contribuyeron con sus respectivas fuerzas á la defensa del reino invadido.

Acercáronse los invasores á Toltitlan, y hay quien diga que la resistencia hecha allí por Tecpancáltzin y Huehuenutcatl, se pro-

longó por espacio de tres años, fortificados los toltecas en eminencias naturales rodeadas de parapetos y fosos; hasta que aumentándose considerablemente el número de los contrarios con los refuerzos que diariamente les traian los chichimecas, tuvieron que abandonar aquellos sus posiciones, replegándose tras sangrientas batallas hasta reunirse con Topíltzin á inmediaciones de Tula.

Hubo aquí nuevas batallas por espacio de cuarenta dias, y en ellas perecieron el anciano rey Tecpancáltzin, su favorita Xóchitl, Quauhtli y otros personages, mermándose mucho el ejército defensor, que, al cabo, tuvo que ceder el paso á su contrario, y desbandarse en diversas direcciones.

Hay una leyenda segun la cual Tecpancáltzin sobrevivió á la refriega y huyó hasta Chapultepec, donde permaneció cerca de veinte años lamentando con sus antiguos errores, causa de tantos males, la desaparicion de su familia y el total acabamiento de la monarquía tolteca. Diariamente pedia al cielo le quitase aquella vida abrevada en los remordimientos y la amargura; mas el cielo se mostraba sordo á sus plegarias, y el anciano se robustecia mas y mas en vez de debilitarse y consumirse; hasta que, no pudiendo ya soportar sus penas, se ahorcó en el interior de una gruta y fué sepultado en la colina de Chapultepec, que despues sirvió de tumba á otros reyes, cuyas sombras se dice

que fué á evocar y consultar Moctezuma II al saber la venida de los españoles.

Topíltzin, viendo á sus enemigos vencedores, se retiró con parte de sus fuerzas, incendió á Tula y despues de nuevos reveses, huyó á esconderse en la isla ó cueva de Xico, partiendo mas tarde hasta la corte del antiguo imperio chichimeca, donde pasó el resto de sus dias como particular. Antes de trabarse la lucha á inmediaciones de Tula, habia despachado á sus hijos de tierna edad á los montes de Toluca, encomendándolos á criados fieles para que los ocultasen á la furia de sus adversarios. Uno de los niños fué alcanzado y muerto inhumanamente despues de la derrota; dos de las princesas quedaron al amparo de Maxtlatziu, que se sostuvo algun tiempo en una fortaleza de Tula; los demas hijos de Topíltzin fueron á vivir en Colhuacan á la sombra de su pariente Xiuhtemoc, quien, como verémos mas adelante, gobernó los restos de los toltecas reunidos en aquella ciudad. Otros muchos habitantes del reino emigraron hasta las regiones de Yucatán y Guatemala.

Los vencedores, cuyos gefes mas célebres eran Huéhuetzin y Xelhua, ocuparon á Tula y trataron de impedir la disolucion del Estado, poniendo en el trono á un noble tolteca, que tomó el nombre de Huemac III; pero sus esfuerzos fueron de todo punto inútiles, y las rivalidades suscitadas entre esos mismos caudillos, no menos que la exaltacion de los

ódios políticos y religiosos entre los vencidos, se aunaron para dar fin á la obra de desolacion que tantos años antes tuvo principio. Huemac III se vió forzado á huir de Tula con su familia; durante la fuga su infeliz esposa dió á luz un niño, y, alcanzado á poco el monarca, fué arrastrado y asesinado sin piedad. — Espantados los chichimecas de aquellas escenas, resultado de su victoria, y desesperando de reducir al órden á la raza conquistada, dejáronla que arreglara sus propios negocios como mejor pudiera, y se retiraron á otras poblaciones segun algunos historiadores.

Se dice que por aquellos dias tuvo lugar el primer horrible caso de desollamiento de las víctimas humanas en estas regiones. Yaotl, sectario de Tetzcatlipoca, y encarnizado perseguidor de cuantos seguian los ritos de Quetzalcohuatl, habia vuelto á Tula y ejercia allí influjo decisivo en los asuntos públicos. Habia vencido á sus contrarios en un terrible encuentro en el desfiladero de Nextlapan, y solemnizó su triunfo con la fiesta llamada de Xipe-Totec. Un representante de Yaotl, designado con el nombre de Xiuhcozcatl, tenia entre sus prisioneros dos otomites, hombre y mujer, y se determinó sacrificarlos durante la noche en las colinas dominantes del valle. Encendida la leña en el altar, comenzó el baile al son de los instrumentos sagrados; el sacrificador arrancó á los cautivos el corazon y los sacerdotes se dispo-

nian á arrojar sus cadáveres por las escaleras del teocalli, cuando se acercó Xiuhcozcatl acompañado de otro verdugo, y entrambos desollaron á las víctimas de la cabeza á los piés, se cubrieron con sus pellejos y volvieron inmediatamente á tomar parte en la danza. Algunos de los circunstantes retrocedieron horrorizados; pero la mayor parte de ellos aplaudieron con frenesí aquel acto de insólita barbarie. "Este sacrificio—dice Brasseur—fué prontamente seguido de otros iguales, cuyo orígen anatematiza para siempre los últimos dias de una civilizacion que acababa de extinguirse en la sangre."

Cuatro años despues del asesinato de Huemac III, crecia la yerba en las calles de Tula y sobre las ruinas de sus edificios.